

EL PARAÍSO DEL ABUELO



EMILIO J. MARTÍN

La relación entre el abuelo y sus nietos era tan profunda que nadie podría saber con certeza quién adoraba más a quién, si ellos a su abuelo o al revés.

Cualquier deseo, detalle o capricho, por pequeño que fuese, suponía un reto para el Yayo, que parecía vivir para sus niños. No significaba que ellos solicitaran cosas valiosas o deseos inalcanzables, no. Era, sencillamente, esas peticiones que hacen los niños, tan insignificantes que nadie les presta atención. Nadie salvo el abuelo que les dibujaba lo que le pidieran; les buscaba ese pequeño objeto olvidado hace tiempo y que nadie encontraba; empleaba horas interminables en construir cualquier manualidad que les pudiese agradar; les contaba los cuentos más inverosímiles, que los mantenía atentos durante deliciosos periodos de paz fraternal o participaba, y se dejaba perder, sin rubor, en cualquier tipo de juego que le propusieran.

Tal era esa vinculación que el abuelo llegó a pensar en la tragedia que les supondría a sus nietos su propio fallecimiento, fuera cuando fuese. Para evitar ese posible drama fue ideando para ellos una historia relacionada con la muerte de las personas, basada en parte en diversas religiones, relatándoles que cuando alguien fallece solo supone la pérdida física del cuerpo y que, en ese mismo momento, el fallecido se dedica a buscar, en otros mundos idílicos, un paraíso ansiado a la medida de todos sus seres más queridos. Les contaba, que allí se encontrarían con otros familiares ya difuntos alegrándose primero por el reencuentro y luego discutiendo entre ellos sobre los diferentes lugares donde establecerse, eternamente, todos. También encontrarían allí a sus mascotas fallecidas y esa búsqueda del paraíso familiar podía alargarse años, siglos y milenios sin que este tiempo supusiera ningún inconveniente puesto que siempre se iba a localizar algo mejor, más hermoso...

Abuelo y nietos ya habían acordado cómo sería el lugar donde establecerse todos. Estaría en un prado inmenso donde pacerían caballos, ponis y otros animales, un río donde pescar, un bosque donde encontrar frutas silvestres, un...

Lo malo de este relato es que, según se cuenta en ciertas culturas la gente no debe demostrar la felicidad terrenal que disfrutaban para evitar que algunos dioscellos malignos, envidiosos de esa alegría, envíen desgracias y males tenebrosos.

Pues algo así les ocurrió a nuestros protagonistas: una enfermedad fatal cayó de golpe sobre el más pequeño de los niños. Después de una búsqueda infructuosa de la cura toda la familia se volcó, inútilmente, en atenciones para que ese triste periodo le resultara lo más grato posible y el abuelo, en los momentos de mayor intimidad le recordaba a su nieto que no se asustase, que iría a encontrarse con sus bisabuelos y con todas sus animales que el tiempo se había ido llevando por delante: los perros Boliche, Cartucho, la perra Sara... ¡ah! y el pequeño hámster, Travieso, que un día apareció en su jaula más tieso que un palo, y todos jugarían eternamente con él y le ayudarían a localizar ese sitio perfecto.

Cuando la enfermedad llegó a su punto final y apenas podía articular palabra, el niño en sus últimos momentos le susurraba al abuelo el miedo que sentía de dar solo ese paso final.

-No te preocupes -le musitaba- enseguida verás al bisabuelo y a todos nuestros perros que tanto te gustan...

-Sí... -siseaba-... pero tengo miedo...

La angustia del abuelo caló hasta lo más profundo de su corazón y meditaba, como una fiera enjaulada, por todos los rincones del hospital, el razonable temor de su adorado nieto.

-No te preocupes, mi vida -le insistía- yo estaré a tu lado.

Con esa promesa repetida él niño parecía encontrar paz y cuando ya por fin, rodeado por todos sus seres más queridos, cerró los ojos con esfuerzo, se fue relajando dulcemente con sus manos cogidas por las de sus padres, que le acompañaban en la cabecera de la cama. El abuelo salió desesperado de la habitación al no poder contener el dolor.

El sueño del enfermo se transformó en una dulce calma que lo llevó a dejarse ir en paz al comprobar cómo, en su última ensoñación, se veía junto a un camino que conducía a una luz de una intensidad sorprendente. Todos en la habitación notaron como en el rostro del niño aparecía una dulce sonrisa y el motivo no era otro que había visto la silueta de su abuelo, que sonriendo le tendía la mano esperándole a la entrada de aquella luz maravillosa. Entonces musitó dulcemente: ¡Abuelo!

...Fuera, una enfermera asustada atravesó el pasillo velozmente ajena al triste desenlace de aquella habitación. Hacía un momento que alguien había caído desde la más alta de las ventanas.